

# **UCLA**

## **Mester**

### **Title**

La actitud filológica como provocación de la historia literaria

### **Permalink**

<https://escholarship.org/uc/item/9t4059xp>

### **Journal**

Mester, 32(1)

### **Author**

Olmedo, Andrés Soria

### **Publication Date**

2003

### **DOI**

10.5070/M3321014585

### **Copyright Information**

Copyright 2003 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

# La actitud filológica como provocación de la historia literaria

Andrés Soria Olmedo  
Universidad de Granada

Otro rasgo distintivo del teólogo es su *incapacidad para la filología*. Por filología debe entenderse aquí, en un sentido muy general, el arte de leer bien, el poder leer hechos sin falsearlos con interpretaciones, *sin perder*, por afán de comprender, la precaución, la paciencia, la sutileza.

(F. Nietzsche, *El Anticristo*, frag. 52)

Hans-Robert Jauss inauguraba el curso 1967–68 de la nueva Universidad de Constanza con la conferencia “Literaturgeschichte als Provokation der Literaturwissenschaft” [“La historia literaria como provocación de la ciencia literaria”]. En ella, reaccionando contra el immanentismo, acercándose a la tradición marxista, combinándola con las indicaciones de los formalistas rusos — Jakobson y Tinianov sobre todo — sobre la evolución literaria, y modificando conceptos procedentes de la hermenéutica de Hans Georg Gadamer, sentaba las bases de lo que iba a ser la “Estética de la recepción,” una enérgica llamada al papel del público receptor del arte.

Según Gadamer, la comprensión es un acontecimiento que se nos presenta cargado de “pre-comprensión,” de manera que la relación de un intérprete con el texto ha de ser concebida como una “fusión de horizontes,” un diálogo en el cual el interrogador es interrogado a su vez por el texto.

De modo análogo, una obra de arte, en el momento de ser leída, o bien confirma el “horizonte de expectativa” de lo que el público espera, o bien hace valer su “distancia estética” respecto de ese horizonte. La provocación, en aquel momento, consistía en la inclusión del público lector dentro del esquema de la “Literaturwissenschaft,” o ciencia de la literatura, por la que hasta entonces se solía entender la exclusiva explicación de la obra literaria en tanto artefacto formal,

y también dentro de la historiografía marxista, refractaria a lo que no fuese el punto de vista del emisor (Godzich 40–41).

Instrumento en esta operación crítica, como de otras posibles, era la filología, aquí en lo que tiene de hermenéutica. En tanto instrumento, su efecto provocador, la verdad, es bastante discreto, más bien subterráneo, aunque muy correoso. En realidad, más que de provocación debería hablar de vigilancia, de atención. De ahí lo de la “actitud filológica,” un sintagma que por otra parte encuentro en el filólogo clásico August Boeckh, a través de la magnífica síntesis de Manuel Garrido Palazón sobre “La Historiografía Literaria Románica”. Boeckh, heredero directo de la tradición idealista, cifra la “actitud filológica” hacia 1886 en “el conocimiento históricamente científico de toda actividad de la vida entera, de todas las manifestaciones del pueblo” (Garrido 87). Para nuestros efectos, tan altos designios quedarían reducidos, en principio, a una posición de escucha activa de los textos, abierta a su historicidad, abierta a la teoría, pero susceptible en todo caso de rebajar las pretensiones de generalización excesiva.

Uno de los textos más penetrantes de la modernidad sobre las paradojas de la historia, que en la historia de la literatura se agudizan en grado máximo es la segunda de las *Unzeitgemässe Betrachtungen* de Nietzsche, la titulada *Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben* [De la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida] fundamenta su alegato, antihistoricista pero no antihistórico—la historia es perjudicial si no se realiza en función de la vida—en la práctica de la filología; tengamos presente que quien habla es el joven y brillantísimo filólogo clásico, que aún no ha recibido el varapalo de Wilamowitz a propósito de *El nacimiento de la tragedia*: “No sé qué sentido puede tener la filología [...] en nuestro tiempo sino el de actuar de modo inactual—o sea, contra el tiempo, y de ese modo sobre el tiempo y, esperemos, a favor de un tiempo venidero” (Nietzsche 5 traducción mía del italiano).

La asociación que hace Nietzsche de la filología con el tiempo—pues claramente hace de la filología el instrumento de su posible historia al servicio de la vida—parece tener en cuenta que en varios momentos de la historia, este arte ha servido para la transformación del mundo, a través de la transformación de las categorías mentales. Esto se aprecia del modo más claro en la actividad de los humanistas, explicada por Francisco Rico en un libro agudo y muy elegante

(*El sueño del humanismo: de Petrarca a Erasmo*). Por ejemplo, y siguiendo en parte el estudio de Baxandall sobre Giotto y los oradores, *Giotto y los oradores: la visión de la pintura en los humanistas y el descubrimiento de la composición pictórica 1350–1450*, cuenta cómo Leon Battista Alberti, en *De pictura* (1435), sostiene por primera vez “que la *compositio* pictórica debe consistir en la estructuración de la obra de un modo tal, que cada superficie plana y cada objeto tengan un papel conexo con el de los demás en el efecto de conjunto” (63). Pues bien, ese término, extraño al “Kunstwollen” medieval, trasvasa al lenguaje de la plástica, y por ahí a la propia práctica artística, la norma que “en la tradición retórica enseñaba a construir un pasaje con palabras que se resuelven en frases, frases que conforman cláusulas y cláusulas que se armonizan en el período” (63–64). Sólo que a su vez, esta tradición retórica pasa por el rescate filológico de los textos de Cicerón y Quintiliano, frente a la herencia inmediata de los “bárbaros” (Rico, *Nebrija contra los bárbaros*), del mismo modo que en la base de la nueva arquitectura proyectada en *De re aedificatoria* se sitúa la *concinmitas*, otro término retórico consistente en “esa singular armonía, fundada en una norma precisa, en una *ratio* cierta, que conjugando las partes con el todo engendra la *pulchritudo*” (*El sueño del humanismo* 64). En este caso, todavía más que en el de la pintura, la filología se da la mano con la ética, con las ciencias, con la práctica, a la medida del hombre nuevo, moderno a fuerza de ser antiguo. “El *De re aedificatoria*”—concluye Rico—“funda la arquitectura moderna, hasta nuestros días, porque los *studia humanitatis* no eran sencillamente un almacén de materiales varios, sino una trama de relaciones que invitaba a explorar la realidad siguiendo a la vez infinitud de caminos, a recorrerla a través de sendas en muchos casos olvidadas durante más de un milenio” (68).

Quizá cabría apostillar: no sendas olvidadas, sino sendas realmente nuevas. Aunque se extinga el sueño del humanismo, la elucidación del *sensus litteralis* deja abierto el camino para la ciencia nueva, para la nueva visión de los objetos, adherida a la singularidad de sus contornos, frente a la vieja tradición de la explicación alegórica, como en el caso de la gran página del *Saggiatore* galileano (véase Raimondi, Ezio “La nuova scienza e la visione degli oggetti”).

En cualquier caso, nos enfrentamos con un arte que se encuentra en el reverso exacto de su consideración común, esa idea difusa, aunque inexacta, que lo destierra a la fontanería del aparato académico.

Por consiguiente, la herencia que hemos recibido va desde una definición estricta, limitada a la *explanatio verborum*, caso de los filólogos antiguos y humanistas (aunque ya se ha visto con qué consecuencias posibles, sin salir de la gramática y la retórica), hasta su consideración, entre los románticos, como sinónima de todo el *Humanitätstudium* (Basile 2).

La relación entre ambos aspectos, el restringido y el lato, marca un campo de tensiones por cuyo interior siguen circulando las posibilidades y los límites actuales de la actividad filológica.

Por una parte, aunque sea una “nobile ipoteca,” como advierte Bruno Basile, no puede dejarse a un lado el poderoso aliento idealista y omnicomprendivo que orienta la definición de un filólogo viquiano como Erich Auerbach: la filología representa “l’insieme delle attività che si occupano metodicamente del linguaggio dell’uomo e delle opere d’arte composte in questo linguaggio” (Auerbach 13), o—si queremos una opinión española—la del joven y vigoroso reformador Américo Castro, en 1924: “La filología es una ciencia esencialmente histórica; su problema consiste en prestar el mayor sentido que sea dable a los monumentos escritos, reconstruyendo los estados de civilización que yacen inertes en las páginas de los textos” (Castro 176); por otra parte, la consecución de fines tan específicos y generales pasa por el comercio inmediato y técnico con el texto.

En este centón de recomendaciones deslavazadas, me importa repetir que la actual proliferación de métodos, sobre todo la presencia en cierto modo amenazadora de lo que, no sin vaguedad, se llama “la teoría,” no tiene por qué enfrentar la filología con la crítica. El “honor de la filología”—y ahora parafraseo el prólogo de Fernando Lázaro Carreter a una selección de ensayos de Leo Spitzer, así titulado para atribuírselo por antonomasia (Spitzer, *Estilo y estructura en la literatura española*) reside en que sea entendida, apunta otro experto, como

complementare della critica, divenire un richiamo continuo alla materialità e dinamicità del testo letterario, viaggio tra le carte dei poeti per impedire che qualsiasi loro parola ci sia pervenuta deformata dal tempo, e soprattutto studio del testo nella sua storia interna, nel suo “farsi” dalle mani dell’autore a quelle del pubblico, che ne garantisce la vita e l’esecuzione nella lettura (Basile 4).

A la altura de 1976, la apertura de la filología a los métodos críticos—hoy ya no tan nuevos—queda patente en la exposición del gran Vittore Branca; con autoridad, opina que

Lo svolgimento e le esperienze della critica e della filologia in questi ultimi decenni hanno posto sempre più chiara l'esigenza di una stretta interdipendenza e di un'attiva e continua circolazione tra gli approcci e i metodi tradizionali di tipo storico-filologico-linguistico o filosofico-estetico-critico e le ricerche che si ispirano a discipline o a indirizzi più moderni, dall'antropologia e dallo strutturalismo alla semiologia e alla cibernetica (*La filologia e la critica letteraria* 14),

puesto que—volviendo a la perspectiva general—la filología es una “disciplina che comprende fundamentalmente *l'ecdotica* (cioè il recupero dell'esatto testo di un'opera mediante procedimenti scientifici) e *l'ermeneutica* (cioè que corredo storico, linguistico, esegetico che consente una piena e rigorosa interpretazione di quel testo y e che ne condiziona anche le valutazioni ideologiche, sociali, estetiche)” (93 cursiva mía).

Así, el lugar de la filología en el desarrollo de un método reciente como la semiótica es considerado por Cesare Segre indispensable para afrontar el estudio de códigos y sistemas culturales, esto es, de textos y contextos, porque ayuda a “superare il soggettivismo e il solipsismo di certe posizioni moderne della critica e, ahimè, della semiotica. La filologia rivendica la funzione dell'emittente, non come individuo isolato ma come membro di una comunità culturale, come espressione e interprete di un sistema di codici. La filologia deduce dalla consapevolezza della nostra storicità il riconoscimento a storicità anteriori o, in ogni caso, diverse” (*Semiotica filologica* 20).

Si empezamos a movernos por el sentido más estrecho de la definición, el que restringe la filología a crítica textual, el panorama es complejo. Caracterizada con cautela y precisión como “un arte que ofrece una serie de consejos generales extraídos de una práctica plurisecular” (Blecuca 9), ha acompañado a la escritura y la lectura de textos desde la Antigüedad. Las etapas de esta historia, desde la filología helenística a Petrarca y los humanistas del Renacimiento, de los monasterios medievales a los “novatores” del siglo XVII y los

hermeneutas ilustrados, románticos y positivistas, tienen un interés sustantivo para la historia literaria, sobre todo desde el punto de vista de la transmisión y la organización del saber. (Un excelente manual de conjunto, centrado en la filología clásica, es el de Reynolds y Wilson 1986).

A su vez, la historia de la disciplina dista de ser neutra, como razona Bernard Cerquiglini en una historia crítica de la filología, sintomáticamente dedicada a Michel Foucault. En su análisis propone la presencia de un(a) “pensée textuaire” (“Le Texte, la Presse industrielle et la Modernité ne font qu’un” 11) entendida como pensamiento de lo estable, por debajo del gran desarrollo de la crítica textual durante el siglo XIX, que en el nivel político depende de la emulación, por parte de Francia, de las iniciativas alemanas a raíz de la guerra franco-prusiana de 1870. (Ver también Hult). A su juicio, las miserias y grandezas de la crítica textual en estos años de positivismo e historicismo extremo proceden de que la idea de autor, con sus rasgos modernos, se sitúa en el centro de la idea de texto. La intención de la escritura, que—aquí entendida a lo Derrida—no coincide exactamente con la intención de las acciones humanas, se asimila a la intención autorial, a su vez caracterizada por vía jurídica: el texto ideal debe responder a la “última voluntad” de su autor, lo cual no cuadra del todo a textos previos a esa concepción moderna de autor, como los medievales, aunque tampoco a casos modernos, como el Proust que, agonizante, corrige las pruebas de su libro y lo reescribe.

El eje fundamental de la problemática de la crítica textual sigue viéndose a través del debate entre las posiciones de Lachmann y Bédier, que en cada caso abanderan, se ha escrito, *una poética no dicha*.

El método positivista de Lachmann, filólogo clásico y fundador de la crítica textual moderna, se basa en la reconstrucción sistemática del texto mediante la “recensio”. Esta es la gran novedad crítica del XIX. Tiene el objeto de determinar la filiación o las relaciones que se dan entre los testimonios o textos. Para llevarla a cabo, el editor debe acceder directamente a todos los testimonios y examinarlos, previo conocimiento de la paleografía, codicología y textología (“Fontes criticae”). A continuación debe cotejar todos los textos entre sí para determinar las variantes y seleccionar un testimonio base, que puede coincidir con el códice más antiguo o la edición “princeps,” cuando se trata de impresos (*collatio codicum*). El paso siguiente (*Examinatio y Selectio*) consiste en establecer la filiación de

los testimonios a través de los errores comunes (que pueden clasificarse siguiendo una tipología), lo que lo llevará a establecer el “árbol genealógico” o “stemma” de la obra, y en consecuencia, el texto original, que en ocasiones puede ser simplemente ideal (*Constitutio stemmatis*) (Bleucia 17–152). La actitud de Lachmann es antiinterpretativa: en su recomendación “recensere...sine interpretatione et possumus et debemus” ha visto Cerquiglini la idea implícita de que el escriba es una máquina y la máquina debe funcionar mal, y Hult la de que el autor es el héroe, mientras el escriba corruptor es “the villain of the picture” (Hult 80).

La crítica de Bédier al método lachmaniano de su maestro el romanista Gaston Paris, formulada en 1928, se centra en la denuncia del mecanicismo que lleva consigo este método de reconstrucción, cuyo síntoma es la presencia frecuentísima de dos ramas en los niveles altos de los “stemmas”. Su conclusión es que el editor debe atenerse a un “buen manuscrito,” puesto que cada variante se convierte en una lección en el instante en que se la coloca en su contexto. Su actitud es más bien la del arqueólogo, partidario de quitar el polvo sin alterar la forma material. El interés, metodológico más que práctico, de la posición de Bédier, con su recurso al *iudicium* humanístico y su respeto a “l’art du style” del escritor, hecho “d’une infinité de menus scrupules” (Branca y Starobinski 18) está en su vigoroso recordatorio de que cada manuscrito es un “individuo storico” y en consecuencia, de que el filólogo debe proceder sólo desde el concepto de literatura, en tanto historiador y crítico, según puso de relieve Raimondi en su *Tecniche della critica letteraria*.

El problema, como es de suponer, está en la doble condición del texto, que es al mismo un artefacto sujeto a corrupción y transmisión y el vehículo de una comunicación cultural capaz de trascenderla.

¿Coinciden la intención no formulada del autor y la expresión lingüística? Hablando en términos saussureanos, el editor lachmaniano intenta distinguir la lengua del habla. Pero como observa Hult, especialista en francés medieval, el texto reconstruido de un Chrétien de Troyes representa, sí, la voz de un hablante individual, pero paradójicamente a costa de la eliminación de lo individual, accesorio y accidental de los manuscritos, sacrificados en función de una supuesta voz autorial única y en última instancia ahistórica.

De ahí que en la práctica los conceptos clave de la técnica de edición se constituyan en parejas contradictorias: *lectio difficilior*, *usus*

*scribendi*. La objeción mayor al lachmanismo se sitúa en la intersección de código lingüístico socialmente determinado y uso individual.

En contrapartida, la atención de Bédier a la materialidad del texto es su mejor ganancia, por ejemplo en los textos medievales, cuando teorías recientes hablan del “excès joyeux” de la oralidad, respecto de la cual lo escrito no es más que una huella, que sin embargo conserva la variación esencial del habla. Como se sabe, la transmisión oral ha ampliado su campo y sus consecuencias, al situarse en un marco teórico que considera la oralidad como un universo autosuficiente, incorrectamente estudiado hasta ahora a causa del “imperialismo de la escritura,” según los estudios renovadores del jesuita padre Walter J. Ong. Aunque sus intereses son en última instancia teológicos (*La presenza della parola*), la amplitud de sus conocimientos le ha permitido situar correctamente el problema (*Orality and Literacy: the Technologizing of the World*). Ong tiene presente el impacto del libro provocador de McLuhan, de cuyos resultados se desprenden las bases de la cultura de los “media” como cultura oral de segundo grado. Esta situación permite analizar la cuestión de la oralidad, que ya no se presenta como subsidiaria de la civilización escrita (un síntoma muy claro es el contrasentido que encierra la expresión “literatura oral”), sino como una cultura distinta, con una psicodinámica y una visión del mundo propia. El mundo de lo oral y el mundo de lo “letrado” comportan un sistema de percepción diferente, ligado en cada caso al desarrollo del sentido del oído y al del sentido de la vista, respectivamente.

En esa línea, anticipada por la condición que Menéndez Pidal investigó en los romances, vivir en variantes, (*Cómo vive un romance: dos estudios sobre la tradición*), un Paul Zumthor, gran admirador de Menéndez Pidal extiende la presencia de lo oral a toda la civilización medieval, y forja el concepto de “mouvance” para caracterizar el hecho de que el manuscrito retiene la movilidad de lo oral (*Penser le Mōyen Age*). Es decir, la herencia de Bédier conduce a respetar lo accidental como “parole,” como habla. Lo cual, dicho sea de paso, está más de acuerdo con las modas actuales en crítica que prefieren lo fragmentario, lo discontinuo, la movilidad del significado y ponen en duda la intención autorial, como recuerda David F.Hult (“Reading it Right: the Ideology of Text Editing”).

Entre tanto, aunque la científicidad lachmaniana ha perdido valor paradigmático, no lo ha perdido práctico, desde el momento en que los neolachmanianos construyen sus “stemmas” como hipótesis de trabajo

sujetas a revisión; con esa estrategia, proporcionan una imagen del original mucho menos estrecha que la opción de Bédier, sujeta a la vaguedad y el positivismo del “buen manuscrito, que en su calidad de único no puede dejar de presentar determinados errores, justificables y explicables en función del diasistema lingüístico y estilístico del copista, pero incorregibles en estricto desde el punto de vista del original. Como explica Segre en *Semiotica filologica: testo e modelli culturali*, introductor en crítica textual del concepto de diasistema, que procede de la dialectología, el copista mezcla su propia lengua y sus hábitos estilísticos con la del texto, pero sólo el cotejo permite ver los distintos sistemas por los que pasa cada versión del texto. En última instancia, la tensión entre los dos polos del debate Lachmann/Bédier ha garantizado el progreso de la una filología que da valor a la reconstrucción histórica integral, con ejemplos tan egregios como los estudios de Branca sobre el *Decameron*. Al reconstruir lo que llama la “tradicción caracterizante,” es decir la dinámica histórica y la diferencia específica de cada uno de los manuscritos donde se copia la obra, con variantes interesadas en cada caso, termina desplegándose ante nuestros ojos el panorama apasionante de la civilización mercantil del Otoño de la Edad Media en Italia, ya que los copistas principales de la colección de cuentos fueron los grandes comerciantes y banqueros, que a veces alteraban nombres propios y lugares para hacer más familiar el contenido o para zaherir a sus rivales.

De particular interés para la historia de la literatura es el estudio de las variantes de autor, pues entonces la filología se interna en el centro de la creación, en el “hacerse” del poema. El gran impulso de esta estilística textual lo dio el exquisito filólogo italiano Gianfranco Contini, quien vio que el conjunto de las correcciones de un autor está ligado por relaciones orgánicas y llamadas internas; sobre todo las correcciones sustitutivas actualizan el código estilístico, de modo que su análisis nos ofrece las fases de la elaboración formal y por tanto los procesos de emergencia de lo poético (*Semiotica filologica* 56).

Una muestra espléndida del interés que ofrece este tipo de trabajo se encuentra en la exposición de la “génesis, desarrollo y correcciones” del poema “Plaza Mayor” de Jorge Guillén, llevada a cabo por José Manuel Blecua en su edición de *Cántico* de Jorge Guillén. El caso es especial, de todos modos, porque Guillén no tachaba, sino que anotaba las posibilidades desacartadas hasta la elección final y conservaba todos sus “avant-textes”.

Es evidente que al hacernos eco de estas reflexiones metacríticas no menospreciamos la crítica textual. Al contrario, la enseñanza y la investigación debe sustentarse en textos rigurosamente fechados y depurados, y en España son muchas las novedades y lo que queda por hacer. Si la exhortación a la filología de Américo Castro que hemos copiado más arriba iba precedida de la denuncia de la lección “Leonoreta sin roseta” (que no tiene sentido) en la edición del *Amadís de Gaula* de la BAE (la correcta es “Leonoreta fin’ roseta”), todavía en 1957, un discípulo distinguido de Américo Castro, el granadino José F. Montesinos enunciaba lo que podría considerarse un pequeño manifiesto metodológico, situado bajo la enseña del Ortega teórico de la “razón histórica,” donde se imbrica la historia y la filología:

Yo no podía olvidar que en sus años de más admirable madurez, Ortega nos enseñaba que la historia de las ciencias y disciplinas del espíritu no podía ser otra cosa que alta sociología, ya que ninguna de estas actividades podía darse en el vacío... El que escribe se dirige a un público, y las apertencias de ese público condicionan su obra. La perduración literaria es la diagonal entre dos fuerzas: fuerza creadora, fuerza receptora. No había escape. Hacer historia literaria era hacer sociología literaria. Y el campo estaba apenas desbrozado. Había que volver a la erudición. (8)

Si se me permite acudir a mi corta experiencia de este mundo donde “descifrar una sola palabra implica devolverla al código de toda una tradición” (véase Rico, “Sobre el arte de editar clásicos y modernos”) referiré un caso mínimo. En 1986 tuve ocasión de editar un texto de García Lorca, la llamada “Alocución de Fuentevaqueros,” sobre la que pesaba una confusión cronológica. Francisco García Lorca, el hermano del poeta, primero en glosar esas cuartillas que conservaba, pensó que se pronunciaron en el curso de un banquete ofrecido por sus paisanos en su pueblo con motivo del estreno en Granada de *Mariana Pineda* (29 de abril de 1929) el día 19 de mayo de 1929. El acontecimiento fue reseñado por la prensa de Granada y recogido más tarde por los investigadores. Francisco anota en el libro de recuerdos de su hermano, *Federico y su mundo*, que aquel acto fue organizado por “el alcalde Rafael Sánchez”. Sólo que en la citada reseña periodística se especifica que el alcalde de Fuentevaqueros en 1929 era don José

Sánchez Sánchez, mientras que en su texto, García Lorca da las gracias al alcalde don Rafael Sánchez Roldán, “verdadero hijo del trabajo,” quien fue elegido el 15 de abril de 1931, según consta en el Libro de Actas del Ayuntamiento, conservado por fortuna. Dado que cesó en su cargo a 19 de octubre de 1934, aparecían los términos “post quem” y “a quo” entre los cuales fechar el manuscrito. El círculo de la conjetura se fue cerrando gracias a una suma de datos empíricos. El 9 de mayo de 1931 el pleno del Ayuntamiento cambia los nombres de algunas calles: la del la Iglesia se llamará de Federico García Lorca y en su texto el joven poeta da las gracias por esa distinción. El 30 de mayo se solicita la creación de una Biblioteca Popular, la mayoría de cuyos libros se han enviado antes del 19 de septiembre de ese año. El texto es básicamente un elogio del libro y su poder civilizador, y alude a “un principio de biblioteca”. Las fiestas locales son el 1, 2 y 3 de septiembre. Resulta verosímil, en consecuencia, que el discurso se pronunciase uno de aquellos días. La cosa está clara: Lorca se incorpora desde el primer momento al ilusionado fervor republicano, y el sesgo social del discurso es meridiano. Sin embargo, ni Ian Gibson, en el primer volumen de su biografía (602), ni Eutimio Martín (*Federico García Lorca, heterodoxo y mártir*), aunque vieron el manuscrito, pusieron en duda el recuerdo de Francisco García Lorca. Sólo que entre 1929 y 1931 no hay sólo dos años, sino un verdadero abismo político, el que media entre la Dictadura de Primo de Rivera y la II República, de modo que ambos críticos se sienten incómodos -aunque no demasiado- ante un texto que nombra a Marx, a Lenin, a Rousseau. Incluso Martín, cuyo ensayo tiene un voluntarioso designio “progresista” (por otro lado, ha sido editor cuidadoso de los poemas de *Poeta en Nueva York*, a pesar de que su conjetura sobre la bipartición del libro resultase prematura) ahonda en la confusión desde el punto de vista filológico; el texto dice en un momento: “Los pueblos que viven solamente apegados a la tierra tienen únicamente un sentimiento terrible de la muerte, sin que haya nada que eleve hacia días claros de risa y auténtica paz social”. El manuscrito, como otros de Lorca, ha sido escrito a lápiz y revisado a tinta. Martín, que vio el manuscrito, apostilla: “El adjetivo “auténtica” ha sido añadido posteriormente en el manuscrito. ¿Ha decidido a última hora introducir una alusión a la falsa paz social de la dictadura de Primo de Rivera?” (102, n.37). Gibson, por su parte, hubiera debido, en rigor, pasar el material del primer tomo al segundo de su biografía.

El ejemplo no es más que un arañazo en una pared inmensa. Claro está que lo he puesto no por echarme flores ni criticar gratuitamente a otros colegas, sino porque en su insignificancia pone en juego elementos como el valor del dato concreto y la clase de error que se comete, articulado en forma de visión y ceguera simultáneas, cuando se infiere a partir de una confianza previa, de datos no contrastados.

En efecto, de la propia crítica textual se sigue inmediatamente el problema de la transmisión, “inseparables” para Alberto Blecua (12), puesto que se ejerce, como hemos visto, sobre textos concretos que se han transmitido en unas determinadas circunstancias históricas, con lo que se pone de manifiesto la conexión con todas las variedades de la sociología literaria, de la sociología del libro y la lectura a la censura, de la literatura de cordel al periodismo, de la historia del canon a la de los géneros.

En realidad, y a riesgo de ser reiterativo, lo que la filología aporta a los métodos es capacidad de matización, de resistencia a la generalización. Quizá porque el filólogo considera la obra literaria ‘come fatto di sublime artigianato, come *fenomeno* e non come *noumeno*’ (Basile 10). Por eso, transmitir y hacer conscientes de la que hemos llamado *actitud filológica* nos parece un objetivo pedagógico esencial. No porque todo investigador tenga que acceder a la crítica textual. Basta con no olvidar nunca que proporciona a quien la adquiere y la ejercita cierta capacidad de vigilancia ante la posible falta de adecuación entre “construcción crítica,” y “realidad histórica,” tal como mostró Rodríguez Moñino en un trabajo célebre (*Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII*), aunque algo olvidado hoy, sobre la necesidad de tener en cuenta la transmisión manuscrita en la poesía de la Edad de Oro.

¿Es esto una mera llamada al rutinariamente denostado “positivismo”? Hagamos todavía un par de precisiones, siempre por este procedimiento, que no pretende originalidad alguna, de ensamblar citas que se estiman pertinentes. A juicio de otro especialista en edición de textos, esta vez del ámbito anglosajón, Jerome J. McGann, “historical method... is strictly a form of comparative study” (46), que no se propone recobrar un significado perdido sino activar un diálogo entre el presente y el pasado. El método, por tanto, es dialógico, no positivista.

Por su parte, Peter Szondi, el gran renovador de la hermenéutica filológica y literaria, argumenta que no cabe separar los hechos de su interpretación. Remontándose al siglo XIX, hace ver que la ciencia

histórica y literaria moderna nace en contraposición a los sistemas especulativos del idealismo alemán, como reacción a la frase hegeliana “tanto peor para los hechos,” y en su ensayo aduce un párrafo notable de un historiador positivista de la literatura, Theodor Wilhelm Danzel, de 1847: “el empirismo privado de inspiración ofrece siempre por lo menos material auténtico, al cual se puede infundir un sentido espiritual, mientras en cambio un discurso, inspirado si se quiere, sobre cosas que no existen, no sirve absolutamente para nada: *ex nihilo nihil fit*”(8 traducción mía). Esta posición, apostilla Szondi, es también ilusoria, porque la separación entre examen objetivo de hechos y explicación subjetiva es menor de lo que piensan tanto el positivista como el crítico interpretativo; si este último pasa por alto los hechos, al mismo tiempo quiebra las leyes de la interpretación, mientras el positivista, al renunciar al juicio tachándolo de subjetivismo se cierra al mismo tiempo la posibilidad de examinar los hechos.

La protesta de la empiria contra la especulación sigue siendo plenamente actual. Protesta, resistencia, reclamo de la provisionalidad y la multiplicidad. Nada más pero nada menos. Marjorie Perloff, especialista en literatura y arte desde las vanguardias hasta la postmodernidad, tras detenerse en una de las normas historiográficas vigentes en la crítica norteamericana actual, el principio, de inspiración más o menos foucaultiana, de que “what counts as a fact is determined not by its existence in the world but by the discursive practices that make it possible for something in the world to serve as a fact within a certain discourse” (“Empiricism Once More” 60), constata que “even as *in theory* we pay lip service” (cursiva en el texto) a ese principio, lo que realmente ocurre en gran parte de la crítica cultural es que las

“discursive practices” used to authorize interpretation are all too often reduced to labels — capitalism, imperialism, colonialism, patriarchy — which the individual instance must then somehow fit, however many items that would emerge from a more empirically and more inductively generated picture have to be eliminated. (60)

Y esto después de criticar con pertinencia ciertos aspectos del gran libro de Fredric Jameson sobre el postmodernismo y la lógica del capitalismo tardío.

Por otro lado, también el propio Paul de Man, adalid de la teoría, advertía en uno de sus últimos artículos (1982) escrito en respuesta a la alarma de profesores más tradicionalistas sobre el daño que el post-estructuralismo “nihilista” estaba haciendo a la enseñanza, que el giro hacia la teoría en los años setenta tuvo lugar, en la práctica, como un “return to philology, to an examination of the structure of the language prior to the meaning it produces” (24), en la medida en que situaban el núcleo de la operación crítica en la lectura. Y a su juicio,

Mere reading... prior to any theory, is able to transform critical discourse in a manner that would appear deeply subversive to those who think of the teaching of literature as a substitute for the teaching of theology, ethics, psychology, or intellectual history. Close reading accomplishes this often in spite of itself because it cannot fail to respond to structures of language which it is the more or less secret aim of literary teaching to keep hidden (24).

Esto en la medida en que hipostatiza la apreciación estética sobre la atención a los procedimientos filológicos o retóricos del lenguaje.

Quizá el alegato más brillante y también más difícil en favor del cumplimiento del ideal de Federico Schlegel de una “filología de la filosofía,” de una iluminación mutua de la atención microscópica al dato y el sentido, se encuentre en la obra de Walter Benjamin, cuyos meandros ha perseguido magistralmente Ezio Raimondi en *Le pietre del sogno: il moderno dopo il sublime*, poniendo de relieve la presencia estratégica en la biblioteca mental de Benjamin de la sintaxis formal del historiador del arte Alois Riegl.

En un somero y torpe resumen, recordaremos que Benjamin “devuelve a la filología el valor heurístico y gnoseológico de la gran especulación romántica y le asocia la exigencia de un método global y fisiognómico” (161 traducción mía), en un programa que tiene en cuenta además la advertencia de Goethe, de que no hay peor presunción que pretender entender el “espíritu” sin que antes la letra nos sea clara y familiar.

Frente a las “siete cabezas de la hidra” de la “Geistesgeschichte” dominante en su tiempo, que reducían la filología a un papel subalterno, creatividad, empatía, emancipación del tiempo, capacidad de

revivir, participación vital de la experiencia ajena, ilusión y goce estético<sup>1</sup> (Benjamin 453), Benjamin dibuja la función complementaria de filología y crítica; en un ensayo introductorio a *Las afinidades electivas* de Goethe (1921/22) distingue entre “comentarista” y “crítico,” respectivamente encargados, como un químico y como un alquimista, de dilucidar el “contenido de hecho” (“Sachgehalt”) y el “contenido de verdad” (“Wahrheitsgehalt”) de un texto. En su opinión, no se puede entender un texto si no se parte de su comentario, es decir, del análisis filológico de sus enunciados y sus problemas; pero lo que decide sobre su significado vital, en el momento de la lectura, es el contenido de verdad que se desvela al lector en la reflexión sobre su presente, que sin embargo encerrará tanta más fuerza cuanto más se hunda en el contenido de hecho, en la semántica histórica de la obra y de sus recepciones (Raimondi, *Le pietre del sogno* 162). El texto se concibe como un microcosmos o una mónada, un fenómeno único, discontinuo, irreductible a su disolución en una “historia del espíritu,” tal como el “Kunstwollen,” la “voluntad artística” de Riegl arrastra consigo su propio canon formal: el arte tardorromano, estudiado por él, no es producto de una decadencia del clasicismo, sino que obedece a un principio cualitativamente diferente, ya determinado por el espiritualismo cristiano.

En resolución, esta desmañada exposición y apología de la “actitud filológica” nos ha ido llevando a las puertas de la filosofía de la historia, o de su paradoja. A las puertas nada más, porque francamente no sabría internarme sin perderme y perderlos a los lectores. Sí quiero concluir con una cita de Benjamin que desde hace años me acompaña, sin perder un enigmático valor de programa u objetivo:

Pues no se trata de presentar las obras de escritura en el contexto de su tiempo, sino de presentar, en el tiempo en que surgieron, el tiempo que las reconoce -esto es, el nuestro. Con ello la literatura llega a ser un instrumento de la historia, y hacerlo -no convertir lo escrito en material de la historia- es la tarea de la historia de la literatura. (456 traducción mía)<sup>2</sup>

## Notas

1. “Schöpfertum, Einfühlung, Zeitentbundenheit, Nachschöpfung, Miterleben, Illusion und Kunstgenuss” de “Literaturgeschichte und Literaturwissenschaft,” 1931.

2. “Denn es handelt sich nicht darum, die Werke des Schrifttums im Zusammenhang ihrer Zeit darzustellen, sondern in der Zeit, da sie entstanden, die Zeit, die sie erkennt — das ist die unsere — zur Darstellung zu bringen. Damit wir die Literatur ein Organon der Geschichte und sie dazu — nicht das Schrifttum zum Stoffgebiet der Historie — zu machen ist die Aufgabe der Literaturgeschichte”.

## Obras citadas

- Auerbach, Erich. *Introduzione alla filologia romanza*. Trad. Maria Rosa Massei. Torino: Einaudi, 1963.
- Basile, Bruno, ed. *Filologia e letteratura*. Bologna: Zanichelli, 1975.
- Baxandall, Michael. *Giotto y los oradores. La visión de la pintura en los humanistas y el descubrimiento de la composición pictórica 1350–1450*. Madrid: Visor, 1996.
- Benjamin, Walter. *Angelus Novus. Ausgewählte Schriften*, 2. Frankfurt: Suhrkamp, 1988.
- Bleuca, Alberto. *Manual de crítica textual*. Madrid: Castalia, 1983.
- Branca, Vittore, y Jean Starobinski. *La filologia e la critica letteraria*. Milán: Rizzoli, 1977.
- Brown, Marshall, ed. *The Uses of Literary History*. Durham: Duke University P, 1995.
- Castro, Américo. *Lengua, enseñanza y literatura*. Madrid: Hernando, 1924.
- Cerquiglini, Bernard. *Eloge de la variante. Histoire critique de la philologie*. Paris: Seuil, 1989.
- De Man, Paul. *The Resistance to Theory*. Manchester University P, 1986.
- Fernández Montesinos, José. *Estudios y ensayos de literatura española*. Ed. Joseph H. Silverman. México: De Andrea, 1957.
- García Lorca, Federico. *Alocución al pueblo de Fuentevaqueros*. Ed. Manuel Fernández Montesinos y Andrés Soria Olmedo. Granada: Comisión Nacional del Cincuentenario, 1986.
- Garrido Palazón, Manuel. “La evolución de la historiografía literaria románica.” *Teoría/Crítica* I (1994): 85–119.

- Gibson, Ian. *Federico García Lorca 1. De Fuente Vaqueros a Nueva York 1898–1929*. Barcelona: Crítica, 1985.
- Godzich, Wlad. *The Culture of Literacy*. Cambridge: Harvard University P, 1994.
- Guillén, Jorge. *Cántico* (1936). Ed. José Manuel Blecua. Barcelona: Labor, 1970.
- Hult, David F. "Reading it Right: the Ideology of Text Editing." *Romanic Review* 79:1 (1988): 74–86.
- Jauss, Hans Robert. *Literaturgeschichte als Provokation*. Frankfurt: Suhrkamp, 1970.
- Martín, Eutimio. *Federico García Lorca, heterodoxo y mártir: Análisis y proyección de la obra juvenil inédita*. Madrid: Siglo XXI, 1986.
- McCann, Jerome F. "Literature, Meaning, and the Discontinuity of Fact." *The Uses of Literary History*. Ed. Marshall Brown. Durham: Duke University Press, 1995. 45–49.
- Menéndez Pidal, Ramón, y Diego Catalán. *Cómo vive un romance. Dos estudios sobre la tradición*. Madrid: Anejo de la RFE, 1950.
- Nietzsche, Friedrich. *Sull'utilità e il danno della storia per la vita*. Tran. Giametta Sossio. Milano: Adelphi, 1981.
- Ong, Walter J. *La presenza della parola*. Trad. Rosanna Zelocchi. Bologna: Il Mulino, 1967.
- . *Orality and Literacy: the Technologizing of the World*. New York: Methuen, 1982.
- Perloff, Marjorie. "Empiricism Once More." *The Uses of Literary History*. Ed. Marshall Brown. Durham: Duke University P, 1995. 51–61.
- Raimondi, Ezio. *Tecniche della critica letteraria*. Torino: Einaudi, 1967.
- . "La nuova scienza e la visione degli oggetti." *Lettere italiane* 21 (1969): 265–305.
- . *Le pietre del sogno: il moderno dopo il sublime*. Bologna, Il Mulino, 1985.
- Reynolds, Leighton D., y Nigel G. Wilson. *Copistas y filólogos*. Trad. Manuel Sánchez Mariana. Madrid: Gredos, 1986.
- Rico, Francisco. *Nebrija contra los bárbaros: el canon de gramáticos nefastos en las polémicas del humanismo*. Salamanca: Universidad, 1978.
- . *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- . "Sobre el arte de editar clásicos y modernos." *ABC*, 8–II–86.
- Rodríguez Moñino, Antonio. *Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Castalia, 1968.

- Segre, Cesare. *Semiotica filologica: testo e modelli culturali*. Torino: Einaudi, 1979.
- . *Semiótica, historia y cultura*. Trad. Manuel Lobo Serra y Lola Badia. Barcelona: Ariel, 1981.
- Spitzer, Leo. *Estilo y estructura en la literatura española*. Barcelona: Crítica, 1980.
- Szondi, Peter. *Poetica dell'idealismo tedesco*. Trad. Renata Buzzo Margari. Torino: Einaudi, 1974.
- Zumthor, Paul. *Penser le Mōyen Age*. Paris: Seuil, 1980.